

**CARLOS VELÁZQUEZ**  
LA ESTUPA DEL DESIERTO

**ROGELIO GARZA**  
MANTÉN LA MÚSICA MALDITA

**LUIGI AMARA**  
CLAROSCUROS DEL LIBRO

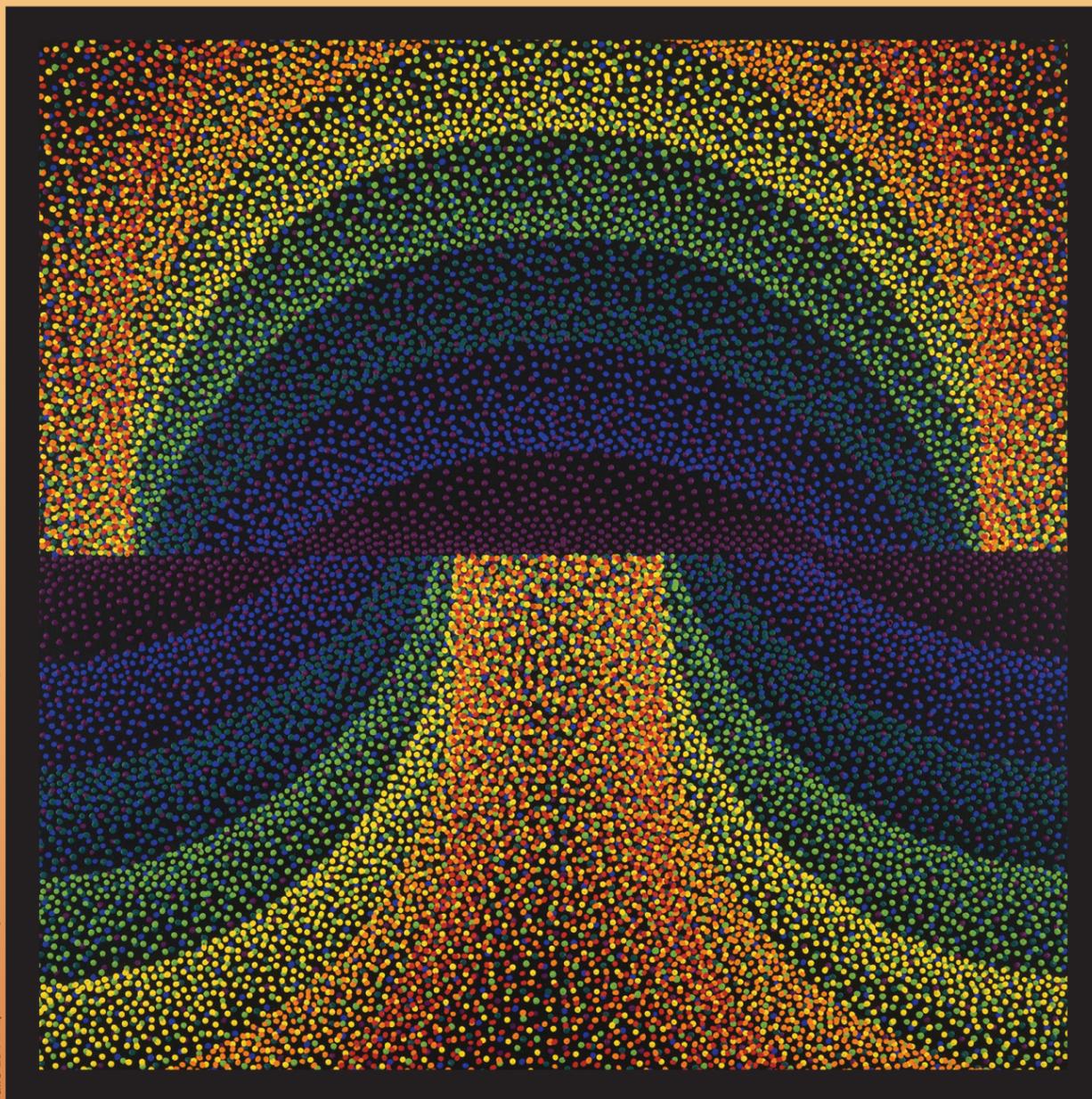
NÚM. 299 SÁBADO 24.04.21

# El Cultural

[ Suplemento de **La Razón** ]

## ESTACIÓN MEXICANA DE JOSÉ GUILHERME MERQUIOR

ADOLFO CASTAÑÓN



Julio Le Parc, Alchemie 431, acrílico sobre tela, 2019 > Fuente > igrart.com

**REVISTAS  
FUGACES:  
EL ARCHIVO  
DEL FRACASO**  
FEDERICO  
GUZMÁN RUBIO

**DE ENCIERRO  
Y MADRUGADA**  
EDSON LECHUGA

**GÓTICO  
DE MANHATTAN**  
MIGUEL CANE

En la vinculación de los escritores con el trabajo diplomático —que prosperó durante el siglo XX—, hay frutos y encuentros privilegiados. Este recuerdo abunda en la presencia de un escritor, crítico, filósofo, así como embajador de Brasil en México que enriqueció esa herencia latinoamericana y cuyo trigésimo aniversario luctuoso se cumplió el pasado 22 de abril. A su paso, la presencia itinerante de Alfonso Reyes gravita una vez más en las páginas de este suplemento. Y también la riqueza de una amistad evocada desde las afinidades, el hallazgo, el reconocimiento, la conversación que forma parte indisoluble de la cultura.



# JOSÉ GUILHERME MERQUIOR

## ESTACIÓN MEXICANA

ADOLFO CASTAÑÓN

@avecesprosa

I

*Os cavalinhos correndo,  
E nós, cavalões, comendo...*

"Rondó dos cavalinhos", MANUEL BANDEIRA

El sábado 19 de octubre del pasado 2020 recibí un mensaje del embajador de Brasil en México, Mauricio Carvalho Lyrio, invitándome a colaborar en un proyecto de libro dedicado al filósofo y escritor José Guilherme Merquior (1941-1991), quien fuera embajador de su país en México, entre 1987 y 1989. De inmediato, le hice llegar al embajador unas líneas que había yo escrito sobre el brasileño, reproducidas en mi libro *Alfonso Reyes: Caballero de la voz errante*.

Tuve la fortuna de contar con la amistad del inteligente —y en verdad inteligente y cordial— José Guilherme Merquior durante su estancia en México como embajador de Brasil a mediados de los años ochenta. Nos reuníamos a conversar una o dos veces al mes en algún restaurant de la Ciudad de México. Hablamos entonces de muchas cosas. Por supuesto de sus libros que editó el Fondo de Cultura

Económica (*De Praga a París, Foucault o el nihilismo en la cátedra, Liberalismo viejo y nuevo*)... Además de esos asuntos editoriales el ensayista hablaba de sus maestros: Arnaldo Momigliano y Ernest Gellner; de Vico, de Joyce, de Lord Chesterfield y sus cartas; de política, por supuesto, y de los literatos de cada uno de nuestros países, de las pautas y líneas estructurales de la literatura brasileña: de Machado de Assis y de Octavio Paz; de João Guimarães Rosa y de Carlos Fuentes. Por supuesto, hablamos de Alfonso Reyes: ¿cuál sería la explicación, le preguntaba yo, de que a pesar de su brillante y memorable embajada Alfonso Reyes no hubiese dejado una huella más profunda en la cultura brasileña? La respuesta de Merquior fue espontánea y contundente: Reyes no era un intelectual ideológico y salió de Brasil justo en el momento en que se empezaba a desarrollar una recomposición ideológica de los campos culturales y artísticos. Pero por pequeña o relativa que fuese —insistía mi amigo— las huellas de Alfonso Reyes no son de las que se borran.

Me quedé pensando si estas palabras de José Guilherme Merquior no serían

hijas de la cortesía. El interesante libro de Fred P. Ellison *Alfonso Reyes y el Brasil* me hace recordar al autor de *De Praga a París* y pensar que tenía razón.<sup>1</sup>

Un par de días después entré en contacto con el agregado cultural Luiz Feldman, quien me dio más detalles sobre el libro en cuestión. Incluiría dos partes: una antología de los libros y escritos de Merquior en México (artículos, conferencias, etcétera) y una segunda parte de crónicas y testimonios personales sobre el pensador brasileño.

**ME QUEDÉ PENSANDO** en Merquior durante los siguientes días: no recuerdo bien la fecha exacta en que lo encontré, pero debe haber sido en el Fondo de Cultura Económica, en el edificio situado en Avenida Universidad y Parroquia. Por entonces dirigía la editorial un poeta, editor y diplomático: Jaime García Terrés, quien era dueño de una visión editorial a la vez cosmopolita y marcadamente abierta hacia la cultura iberoamericana. Durante su gestión como director del Fondo, la *Gaceta* recibió el Premio Internacional de Periodismo en México en 1987.

Ese mismo año llegó José Guilherme a México. Era más bien bajo de estatura. Tez

Fuente > academia.org.mx

DIRECTORIO

**El Cultural**

[Suplemento de La Razón]

**Roberto Diego Ortega**

Director

@sanquintin\_plus

**Julia Santibáñez**

Editora

@JSantibanez00

Facebook: @ElCulturalLaRazon

Twitter: @ElCulturalRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Armando S. Armenta

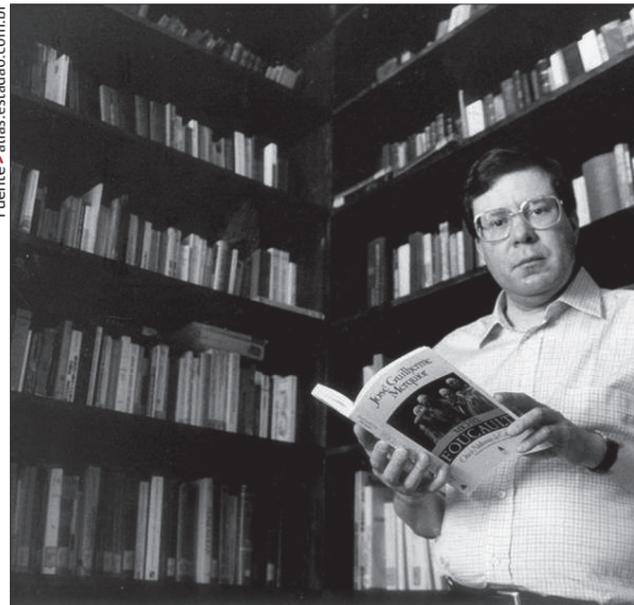
Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

blanca, cabello castaño, labios finos, ojos vivaces y sonrientes. Se movía con seguridad y velocidad, intelectualmente me hacía pensar en las acrobacias y desplazamientos de una ardilla entre las ramas de los árboles. Tenía una inteligencia transversal: pasaba de la literatura a la historia y la filosofía con gran soltura. No le gustaba enfrentar al interlocutor abiertamente, era más bien irónico, fino y, detrás de sus lentes, brillaban sus ojos inquisitivos y traviosos.

Cuando llegó, yo no sabía ni podía saber la extensión de su obra, que abarca la crítica literaria, la filosofía política, expone los argumentos de Jean-Jacques Rousseau, Ludwig Marcuse, Theodor W. Adorno, Walter Benjamin, Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, Max Weber. Le interesaba la poesía, como muestra el hecho de que su primer libro fuera la colaboración en una antología de la *Poesía de Brasil* (1963), hecha por Manuel Bandeira, lector de Alfonso Reyes; más tarde también publicó un libro de teoría poética, *Razón del poema* (1965), y diez años después uno dedicado al poeta Carlos Drummond de Andrade.

PARA MERQUIOR, su maestro Bandeira era como una brújula poética que le permitía orientarse en la poesía hispanoamericana y le gustaba trazar paralelos entre la poesía de éste y la de Reyes. Bandeira es uno de los precursores y actores del modernismo y de la vanguardia en la literatura brasileña. Su influencia sobre la poesía escrita en ese país se ejerció sobre poetas como Carlos Drummond de Andrade y Mário de Andrade. Cuando Alfonso Reyes llegó a Brasil, como lo documenta su *Diario*, hizo una buena relación con el mundo artístico y cultural. En casa del pintor Cândido Portinari encontró algunos de los exponentes de la poesía brasileña. Entre ellos a Manuel Bandeira. Cuando Paul Morand pasó por Río invitó a cenar a un grupo reducido de poetas y escritores, uno de ellos fue Bandeira.

La amistad de este brasileño con Reyes cabría ser documentada en tres aspectos: el primero a través de sus libros, que Reyes fue atesorando —no hay otra palabra— en su biblioteca, como se puede documentar por la docena de ejemplares que se encuentran en la Capilla Alfonsina, todos con una breve y afectuosa dedicatoria manuscrita. Fechados entre 1930 y 1955, no sólo son de la época en que Reyes estuvo en Brasil sino también posteriores, lo que indica que la relación entre ambos fue más allá del momento brasileño de don Alfonso, como prueba la correspondencia. Además hay cartas entre Bandeira y Reyes que suman un expediente de treinta y cuatro folios y que incluyen mensajes de Manuel a Alfonso de 1931 a 1959; hay también alguna carta de 1954 del propio Reyes. Esto puede dar idea de la intensidad de la relación que mantuvieron. El diálogo literario y poético intercambiado es incontestable.



José Guilherme Merquior (1941-1991).

“LA EXTENSIÓN DE SU OBRA  
ABARCA LA CRÍTICA  
LITERARIA, LA FILOSOFÍA  
POLÍTICA, EXPONE LOS  
ARGUMENTOS DE ROUSSEAU,  
MARCUSE, ADORNO, BENJAMIN”.

La huella risueña, traviesa y provocativa de Bandeira se puede seguir en algunos de los poemas escritos por Reyes en Río: “Copacabana”, “Oráculo”, “Salambona” y los “Versos sociales”; “A Ronald de Carvalho”, “A Igreja Macedo Suárez” o, en fin, “En cabo roto”. Bandeira siempre estuvo abierto al trabajo y la colaboración con los jóvenes escritores. Una prueba es que abrió las puertas a Merquior para que colaborara con él en esa antología de la cual Merquior estaba tan orgulloso de haber participado. Por eso no es extraño que la presencia de Reyes y de Bandeira recorriera las conversaciones que sostuve con el crítico, lector y diplomático, hombre de gusto que fue José Guilherme Merquior.<sup>2</sup>

NO LE ERAN AJENAS las preocupaciones de la lingüística ni del formalismo, como muestra su libro *De Praga a París. Crítica del pensamiento estructuralista y postestructuralista*. Tampoco le era ajena la cultura popular: *Saudades do Carnaval* (1972) así lo prueba. Era un crítico tanto del liberalismo como del marxismo, sus ensayos buscaban desenmascarar mitos e ideologías de un lado y otro. La columna vertebral de sus intereses era, sin embargo, el arte y la literatura, como muestra su libro *El comportamiento de las musas* (2005).

Nos hicimos muy amigos. Los pretextos no faltaban. Cada vez que podía, Merquior iba a la editorial. No sólo estaba atento a la publicación de sus propios libros, sino a la de dos de sus maestros queridos: Arnaldo Momigliano y Ernest Gellner. Del primero, el FCE ya había publicado *De paganos, judíos y cristianos* (1982), *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia* (1986) y publicaría después, probablemente gracias



a Merquior, *La sabiduría de los bárbaros* (1988) y *Ensayos de historiografía antigua y moderna* (1993); del segundo, *El arado, la espada y el libro* (1994). Merquior tuvo la diligencia de escribir para la editorial un dictamen sobre este libro que me permito transcribir aquí:

Hoy solo es posible debido a los cambios que hubo ayer —aunque dichos cambios no eran todos inevitables. Todos vivimos y actuamos a partir de presuposiciones, explícitas o implícitas, transmitidas por nuestra herencia histórica. Reconocer esas dos verdades es afirmar la legitimidad de la filosofía de la historia en un sentido sustantivo —algo que se había marginado en el pensamiento anglosajón, pero que Ernest Gellner restaura plenamente, en una teorización íntima de las ciencias sociales.

¿Cómo ha pasado la humanidad de la revolución agraria del neolítico al industrialismo —o, como dice Gellner, de Agraria, con su tecnología débil y su sociedad integrada, a Industria, la civilización tecnológicamente fuerte poblada por individualistas? ¿Cómo fue que el eje de la existencia social cambió la depredación por la producción, la magia por la ciencia y las jerarquías hereditarias por una cultura igualitaria?

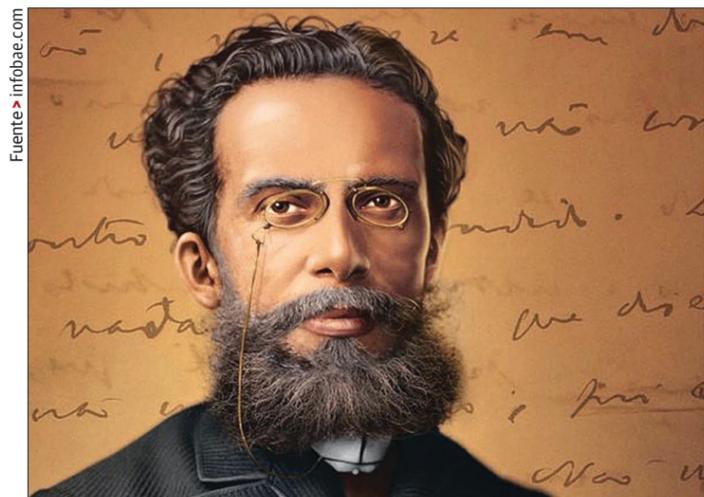
Gellner profundiza el análisis de la relación entre esos cambios macrohistóricos y las transformaciones conceptuales decisivas en la trayectoria de la humanidad.

*Plough, Sword and Book* [*El arado, la espada y el libro*] es una destilación madura de los temas que él primero enfrentó hace un cuarto de siglo, en *Thought and Change*. El libro concluye con una estimulante problematización del destino de la modernidad, en el capitalismo avanzado, el área comunista y el Tercer Mundo. Una poderosa modernización de la teoría de la historia.

[Firma: J. G. Merquior]

EL FCE TRADUCIRÍA de Merquior el libro titulado *Michel Foucault o el nihilismo de la cátedra* (1985). Yo tuve que ver, de alguna manera, con la edición de esos libros y puedo dejar constancia de que fueron dictaminados por el escritor mexicano Julio Hubard y por el librero Antonio Eyzaguirre. Los dictámenes de ambos eran entusiastas. Ernest Gellner fue el director de tesis de doctorado en sociología de Merquior y se puede decir que siguió siendo su amigo después de muerto, pues a este maestro se debe un libro de homenaje de 1996, *Liberalism in Modern Times. Essays in Honor of Jose Guilherme Merquior*, editado por el propio Gellner y César Cansino.

Merquior también fue discípulo en su momento de Claude Lévi-Strauss, con cuyas ideas polemizó en el mencionado *De Praga a París*. También siguió a Raymond Aron y a Harry Levin. Otro de los intereses que lo movían a visitar la editorial era de índole estrictamente bibliográfico. Ahí se custodiaban dos tesoros: la primera edición en francés de los varios volúmenes de la *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné*



Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1908).

*des sciences, des arts et des métiers*, de Diderot y D'Alembert (1751). Merquior pedía permiso para hojear algunos tomos de ese tesoro con algún pretexto asociado a sus investigaciones, digamos al pensamiento de Rousseau, sobre el cual se había interesado. El otro tesoro era la edición original en portugués de las obras completas del escritor brasileño Machado de Assis, que se encontraban en la editorial, probablemente como herencia del interés que tuvieron Alfonso Reyes y Arnaldo Orfila en la difusión de la cultura brasileña en México. De hecho, el libro *Memorias póstumas de Bras Cubas*, traducido por Antonio Alatorre, era uno de los atractivos que hacían ir a Merquior al FCE. Por cierto, una de las conferencias que daría Merquior en México, en la Facultad de Filosofía y Letras, sería precisamente sobre el citado autor brasileño del siglo XIX.

En aquellos años también frecuentaba la editorial un escritor mexicano, Francisco Cervantes, gran lector de literatura portuguesa y brasileña cuyo perfil aquilino aparece en alguna de las fotos colectivas en que Merquior figura con otros intelectuales mexicanos como Arturo Azuela, Jaime García Terrés, Mario Ojeda, Octavio Paz, Jorge Carpizo, Víctor Flores Olea y José Luis Martínez. De hecho, el embajador que antecedió a Merquior, Geraldo Holanda Cavalcanti, le había impuesto a Cervantes la prestigiosa distinción Río Branco que otorga el gobierno brasileño a quienes han cultivado el conocimiento de la cultura de esa región.

**SOBRA DECIR** que Merquior era educado y cosmopolita, gran lector de la literatura clásica europea en francés y en inglés. De hecho, yo le debo el conocimiento de un libro poco citado en estos años, las cartas de Lord Chesterfield a su hijo Standhope:

José Guilherme Merquior, el ensayista, filósofo y diplomático brasileño, en alguno de los recodos de su deslumbrante conversación, me citó de memoria en perfecto inglés algunos pasajes de las *Cartas* de Lord Chesterfield, alguna vez en una cena allá por 1988, a propósito de las buenas maneras y para subrayar, con las anécdotas recitadas en otro idioma, la grosería cometida a la mesa por uno de los invitados al tomar los cubiertos del vecino.<sup>3</sup>

## “UNA DE LAS CONFERENCIAS QUE DARÍA MERQUIOR EN MÉXICO SERÍA PRECISAMENTE SOBRE MACHADO DE ASSIS”.

### II

A Merquior le interesó mucho que el Fondo de Cultura Económica hubiera publicado la *Antología general de la literatura brasileña*, de la hispanista brasileña y judía Bella Jozef (1926-2010). Esta autora había sido amiga de José Luis Martínez y me imagino que en su época fue muy digna de su nombre y siempre inteligente. Tenía, al igual que Merquior, una visión muy amplia de la literatura brasileña e hispanoamericana. Su libro fue cuidado para el FCE por el poeta mexicano Eduardo Langagne. Ella fue maestra durante muchos años y uno de sus discípulos es Marco Lucchesi, actual presidente de la Academia de las Letras de Brasil, que seguramente fue conocido de Merquior.

Una vez recibida la encomienda de escribir estas páginas me puse en contacto con quienes pensaba que pudieron conocer a Merquior. Entre ellos el diplomático mexicano Andrés Ordóñez. Su respuesta fue muy entusiasta:

Tuve mucho contacto con José Guilherme. Lo conocí en Londres. Yo estudiaba en el Departamento de Estudios Portugueses y Brasileños del King's College y él, en sus años de encargado de negocios *a.i.* en el Reino Unido, acudía a menudo a las conferencias y seminarios del departamento. Su primer destino como embajador fue México y allí lo reencontré. Efectivamente, tradujo su libro *El marxismo occidental*, que luego publicó [la Editorial] Vuelta, y durante el proceso viví un prolongado curso de filosofía política privado, con cena y whiskies incluidos. Escribía en portugués, inglés, francés o español, según lo necesitara. Por ejemplo, el libro que traduje lo escribí en inglés y el de Foucault en francés. Era impresionante ir de librerías con él. Parecía



que todo lo había leído y lo más impactante era que recordaba todo lo que había leído, incluso era capaz de citar por página. Ya estando en México se manifestó su enfermedad. Su siguiente destino fue París, como representante permanente ante la UNESCO. Allí lo sorprendió la muerte. Además de su conversación y hospitalidad, tuve el honor de ser citado en una o dos ocasiones en sus escritos. Nunca he escrito sobre él y tal vez debería.

De las conversaciones con Merquior que recuerdo, ahora me viene a la mente, contrastándolas con el índice de la *Antología general de la literatura brasileña*, el nombre de algunos poetas que él citaba de memoria al paso de la conversación, y que habían tenido que ver con México o con Alfonso Reyes, como el mismo Bandeira o los poetas Roland de Carvalho o Cecilia Meireles. Del pasado colonial tenía una especial predilección por el libro *Marília de Dirceu*, de Tomás Antonio Gonzaga, que en 2002 publicaría el FCE en traducción de Jorge Ruedas de la Serna, otro de los brasileróforos mexicanos, con un prólogo de Antonio Cándido. Años después de la partida de Merquior, Ruedas de la Serna me hizo conocer el disco *Marília de Dirceu. Liras escritas no Brasil até 1792* del citado Gonzaga, musicalizadas y cantadas por la soprano Anna Maria Kieffer, publicado por el sello Bandeirante en 2000. Este disco incluye además la voz de Ruedas de la Serna y del eminente bibliófilo brasileño José Mindlin.

### III

Gracias también a José Guilherme Merquior tuve noticias de la obra de Nélida Piñón:

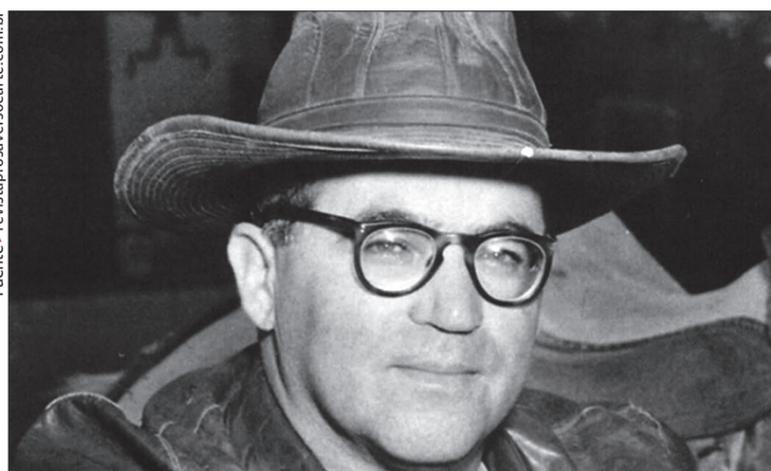
Me reunía a conversar [con él] una vez al mes. Merquior era hombre de una inteligencia natural, naturalmente educada. Alguna vez, hablando de Machado de Assis me pregunté si el autor de *Dom Casimiro* tenía alguna descendencia en la literatura brasileña contemporánea. No me contestó, pero minutos después, cuando ya estábamos hablando de Lawrence Sterne, dijo “sí, tal vez en Nélida”. “¿Por qué?”, insistí. “Por dos cosas: la primera que en ambos se da una evolución, un desplazamiento desde una mirada *aparentemente* compleja hacia una mirada *aparentemente* diáfana. Lo paradójico es que esa complejidad es transparente, esa transparencia, abismal. La otra razón, paralela, es que en ambos se dan, entrelazados y autónomos—como ha señalado Antonio Cándido para Machado—, un mundo superficial y un mundo subterráneo. Nélida Piñón ha practicado además un difícil ejercicio: el de hacer convivir las dos tradiciones de la literatura portuguesa y brasileña—la mística y taciturna y la realista y ética”. La opinión de Merquior me pareció tanto más generosa por cuanto pasaba por encima de ciertas diferencias políticas. Esa fue una de

mis últimas conversaciones con mi querido amigo José Guilherme Merquior.<sup>4</sup>

La búsqueda de materiales de o sobre Merquior —como su discurso de ingreso a la Academia Brasileña de las Letras— me llevó a las estanterías de la biblioteca donde me encontré un par de sorpresas. La separata de “Patterns and Process in Brazilian Literature. Notes on the Evolution of Genre”, texto de la conferencia dictada en el King’s College de Londres el 19 de noviembre de 1985 y publicado en *Portuguese Studies*, vol. 3, 1987, con una dedicatoria manuscrita: “A Adolfo Castañón con la mejor amistad de José G. Merquior el 11 de 1988”. Un detalle me llama la atención: su escritura se parece a la de Borges, que también tenía caligrafía de patas de mosca. El discurso, que expone la dialéctica entre oralidad y escritura, se resuelve en una exposición hecha con brío y perspicacia del gran escritor brasileño Joaquim Maria Machado de Assis, uno de los autores más apreciados por Merquior. La dedicatoria de la conferencia tiene la misma escritura borgesiana que puso con tinta azul en el libro *From Prague to Paris*: “Para Adolfo Castañón, con un fuerte abrazo de José Guilherme. México, v, 87”.

**OTRO LIBRO DE GUILHEMERQUIOR** —como le decía yo en broma— es la antología *Crítica 1964-1989*, uno de los últimos que publicó en vida, con el sello Editora Nova Fronteira. Cuando lo compré en Río de Janeiro, me sorprendió encontrar que en el índice de nombres, que podría considerarse como una recapitulación retrospectiva y acaso testamentaria, el de Octavio Paz se encontraba citado más de quince veces, poco menos que Ezra Pound, Heidegger, Kafka, Benjamin, Harry Levin y Manuel Bandeira, pero más que Fuentes (ninguna), Reyes (una) y George Steiner (cinco).

Todos estos autores formaban parte de la conversación desordenada y amistosa que se desarrollaba en los salones y pasillos de la editorial, en los trayectos en auto, en las visitas a la embajada o en los encuentros casuales —y no pocos hubo— en otras embajadas y casas de amigos, donde por una imantación entre casas grandes, pequeñas y fronteras visibles e invisibles nos acercábamos el uno al otro para seguir nuestro entretenido diálogo sobre Erico Verissimo y México, o sobre Gilberto Freyre, con cuyo pensamiento el de Merquior tenía no pocas afinidades. Este pensador era uno de los autores que volvían a nuestras conversaciones, como si fuese una suerte de cero o de signo matemático para invocar y aludir a esos relojes de la sociología que tienen que ver con los “tiempos perdidos”, la libertad y la conversación. Ahora pienso que el diálogo que sostuvo Freyre con Aldous Huxley es comparable al que Merquior sostuvo, siempre polémico, con Claude Lévi-Strauss o Michel Foucault. Esas divagaciones entre *morenidad* y *modernidad*



João Guimarães Rosa (1908-1967).

“MERQUIOR LLEGÓ A MÉXICO SABIENDO A DÓNDE LLEGABA Y A QUÉ LLEGABA; COMO PRUEBA LA CAUDA DE ARTÍCULOS QUE AQUÍ PUBLICÓ, SU PRESENCIA, SUS AMISTADES Y LECTURAS MEXICANAS”.

que huelen de lejos a Freyre también sabían impregnar los trapos de la conversación que íbamos agitando en el aire no siempre transparente, pero embebido por la luz de otoño de esa Ciudad de México en la cual Merquior se sentía como pez en el agua.

En *Crítica 1964-1989* descubrí un par de artículos firmados o publicados en México, “Sobre la doxa literaria” (p. 357-371), firmado en “México, setiembre de 1987” y “Gilberto depois”, escrito en español y publicado en *Vuelta*, en México, 1987. Merquior se revela ahí como un pensador que, desde la crítica literaria, articula un saber capaz de desenmascarar los oscurantismos disfrazados de humanismo, para frasearlo con una voz suya. Cita ahí a dos autores que no siempre se encuentran mencionados juntos: Octavio Paz y Luis Díez del Corral, salvo en los propios escritos de Merquior y en los de Castañón. Ésas y otras afinidades vuelven transparente la profunda afinidad intelectual y crítica que nos unía.

IV

Una de las conversaciones que tenía con Merquior giraba en torno a los viajeros y escritores brasileños que habían pasado por México. Dos eran los nombres que surgían en esas conversaciones: el del narrador Erico Verissimo, quien conoció nuestro país, viajó por él y publicó un libro titulado con su nombre, *México*, 1957. El otro era João Guimarães Rosa, quien viajó a México a principios de 1967 al congreso convocado por la Comunidad Latinoamericana de Escritores, promovido por Carlos Pellicer y José Revueltas, que tuvo lugar en la Ciudad de México y en Guanajuato.

Guimarães Rosa hizo amistad con Juan Rulfo, a quien había leído, admiraba y con cuya obra se daban corrientes profundas de simpatía y empatía,

como ha hecho ver Horácio Costa, el crítico brasileño que radicó en México durante algunos años. Guimarães Rosa había venido antes al país, en los años cuarenta, para casarse con su segunda esposa, Aracy Moebius de Carvalho, pues en Brasil no existía el divorcio. Por otro lado, uno de los jóvenes colaboradores de Juan Rulfo en el Instituto Nacional Indigenista, Gilberto Sánchez Azuara, “recuerda que Rulfo se sabía de memoria cuentos de Guimarães Rosa y que él y la asistente de toda la vida de don Juan, Iraís Rodríguez, estuvieron a punto de grabar una de las historias del brasileño

contada por el mexicano”.<sup>5</sup> A Merquior le interesaba conocer los lugares que habían visitado ambos y creo recordar que viajó a Taxco, Cholula, Sayula y Jalisco, donde estuvieron juntos Rulfo y Guimarães Rosa.

De hecho, a Merquior le tocó inaugurar la Cátedra João Guimarães Rosa en 1987, poco después de haber llegado, gracias a los empeños de Walkiria Wey, Jorge Ruedas de la Serna e Ignacio Díaz Ruiz en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Guimarães Rosa había sido amigo de Manuel Bandeira, el amigo a su vez de Alfonso Reyes y tutor de Merquior. El libro de Erico Verissimo fue una de las guías literarias que tuvo Merquior al llegar a México. Por cierto, cabría rescatar el retrato y la entrevista que Erico Verissimo hizo al filósofo —y “profeta”, añadiría él.<sup>6</sup>

**MERQUIOR LLEGÓ A MÉXICO** sabiendo a dónde llegaba y a qué llegaba; como prueba la cauda de artículos que aquí publicó, su presencia, sus amistades y lecturas mexicanas.

Cuando en enero de 1991 tuve noticias de su muerte acaecida en París el día 7 de ese mes, recordé todo lo que arriba he registrado y también que Merquior fue uno de los dos amigos escritores —el otro fue Alejandro Rossi— que me visitó en junio de 1988 para darme un abrazo de condolencias en el velatorio a donde habíamos llevado a mi madre muerta en un accidente ese día. Todavía recuerdo el ligero olor de su lavanda Roger & Gallet al abrazarme. Ese gesto selló la amistad que dicta estas líneas. □

NOTAS

<sup>1</sup> “Vuelta a Brasil en Reyes”, en *Alfonso Reyes: Caballero de la voz errante*, El Colegio de México, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2016, pp. 210-211.

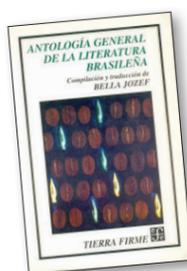
<sup>2</sup> Las menciones de Alfonso Reyes a Manuel Bandeira se encuentran *Diario III. 1930-1936*, edición de Jorge Ruedas de la Serna, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, pp. XXVIII, XXXII, XXXIV-XXXVII, 41, 120, 230, 259.

<sup>3</sup> “Cartas de Lord Chesterfield a su hijo”, publicado en *Revista de la Universidad*, 56, octubre, 2008, pp. 92-94.

<sup>4</sup> Adolfo Castañón, *América sintaxis. Algunos perfiles latinoamericanos*, Editorial Universidad Nacional (EUNA), San José de Costa Rica, 2002, pp. 117-118.

<sup>5</sup> Alberto Vital, *Noticias sobre Juan Rulfo: 1784-2003*, México, Editorial RM, 2004, p. 167.

<sup>6</sup> Erico Verissimo, *México*, Double Day & Company, Nueva York, 1962, pp. 210-264.



Fuente > revistaprosaversoarte.com.br

*Las revistas literarias, por lo menos desde el siglo XIX, han sido el laboratorio de un sinfín de escritores, la antesala de sus libros y también, de modo muy especial, un espacio ventajoso para reunir generaciones, sensibilidades afines. Este ensayo revisa algunos casos singulares de Argentina y México: se distinguen por haber publicado un solo número, pero también por dejar una huella que condensa tanto las circunstancias de su momento como la solidez, acaso visionaria, de sus propuestas.*

## Revistas fugaces EL ARCHIVO

# DEL FRACASO

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

@feguz77

La historia de la literatura es una historia de libros. Sin embargo, hay otra historia –oculta, esquiva, fugitiva– que corre por debajo, que lo mismo alimenta la historia oficial que se pierde en ninguna parte, olvidada para siempre y lista para resucitar en cualquier momento. Se trata de la historia secreta de las revistas literarias, escondida en la burocracia de las hemerotecas y en la sección más polvorienta de todas las librerías de viejo.

En las revistas se publicaron por primera vez los esbozos y fragmentos que después se convertirían en obras maestras; los jóvenes desconocidos ensayaron sus primeras letras sin sospechar que décadas más tarde éstas serían recopiladas en solemnes tomos de obras completas y, también y sobre todo, miles de páginas que se atrevieron a soñar con la posteridad están firmadas por autores tan olvidados como los libros sobre los que tan apasionadamente disertaban.

Un texto no se lee de igual modo en el formato prestigioso del libro que en el escurridizo presente de la revista. Un cuento, una crónica, un poema o un ensayo que se publican por vez primera en una revista tienen espacio para estirarse y retozar, como en una cama amplia; dialogan, refutan, adhieren y regañan a los textos que los preceden y suceden, le hablan al lector de ese día en particular, pues una revista literaria no deja de ser una publicación periódica ahogada por la actualidad, pero también le dan aire al lector del futuro, pues la literatura del mañana se ensaya en las revistas literarias antes de morir en los libros.

Además de esto, las revistas literarias recuerdan que la literatura siempre es una creación colectiva, por más que haya firmas cuyas colaboraciones se paguen a precio de oro mientras que a otras no se les dan ni las gracias. Inevitablemente, cualquier texto en una revista se adapta o se rebela a la estética y política de la misma publicación, y comparte índice con firmas que se consideran igualmente únicas cuando,

si se trata de una buena revista, simplemente sirven para lograr una armoniosa lectura de conjunto, ya sea por sus propuestas disonantes o su poética compartida. Los viejos, consagrados y catedralicios, dan manotazos sobre la mesa para recordar que siempre tienen la razón, mientras los jóvenes que publican sus primeras reseñas y notas apenas disimulan sus ganas de quemarlo todo para que el mundo se entere de que ya llegaron a cambiar la historia de la literatura.

**SOBRA DECIR** que hay de revistas a revistas, y que la distancia de unas a otras es la misma que separa a la buena suerte de la mala. Las hay, como *Sur*, que duran varias décadas sin pestañear, mientras que otras llegan a un tercer número ya exhaustas, antes de desaparecer por cualquiera de los tres motivos de muerte de toda revista literaria: que se haya acabado el dinero, que los amigos que la dirigen se peleen a muerte o que a un poderoso de turno, que por algún malentendido hojeó algún número, le moleste un artículo que considera escandaloso e inmoral.

Existen muchas formas de clasificar las revistas literarias latinoamericanas que nos dejó el siglo pasado; podría hablarse de revistas reaccionarias o revolucionarias, vanguardistas o clásicas, de izquierda o de derecha, de ensayo o de poesía. Dentro del inabarcable corpus de revistas que saturan las bodegas y la capacidad de los sitios web de hemerotecas y bibliotecas, hay un caso singular y sugerente: el de las revistas que publicaron un solo número, único y solitario, definitivo y fatal.

De hecho, llamar revista a un solo documento resulta cuestionable, pues una revista se caracteriza por ser una publicación periódica, es decir, por tener continuidad, por contar con un principio y un final separado por varios números y no amontonados en un solo volumen.

Quienes fundan una revista calculan que ésta durará indefinidamente y que su final sólo llegará cuando se hayan consagrado en el mundo de las letras, y entre la recepción de premios y la revisión de obras críticas ya no tengan tiempo de andar correteando a los amigos para que les entreguen su colaboración antes del inminente cierre. Pero las cosas no siempre salen como se espera, y la historia de algunas revistas, que optimistamente anunciaban en su última página los contenidos del siguiente número, termina justo en el mismo lugar del inicio, en ese insólito número inaugural que también es el de clausura.

**OBJETOS PARADÓJICOS** por naturaleza, las revistas de un solo número refutan el concepto mismo de revista y, tristemente, consiguen el milagro de condensar su andadura en un solo instante simultáneo de nacimiento y muerte. Pero el mundo de las revistas literarias es extrañísimo, y algunos de estos escandalosos fracasos acabaron siendo éxitos inesperados. Algunas de esas revistas son hoy más recordadas y por motivos muy variados tuvieron más importancia que otras de muy larga trayectoria y genealogía que, con todo y sus cientos de números, diferentes épocas y el desfile de directores y secretarios de redacción, acabaron vendiéndose por kilo en las crueles papeleras del olvido.

Tal es el caso, por ejemplo, de la mítica *Libra*, publicada en el invierno porteño de 1929, invierno que se prolongaría por siempre, a falta del segundo número primaveral. Dirigida oficialmente por los poetas Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez, el poder tras bambalinas lo ejercía Alfonso Reyes, quien se negó a figurar en

“LAS REVISTAS LITERARIAS  
RECUERDAN QUE LA LITERATURA  
SIEMPRE ES UNA CREACIÓN  
COLECTIVA, POR MÁS QUE  
HAYA FIRMAS CUYAS COLABORACIONES  
SE PAGUEN A PRECIO DE ORO”.

el directorio de la revista para que no se le acusara de descuidar las labores diplomáticas que ejercía en Buenos Aires. Heredera de las recientemente extintas *Martín Fierro* y *Proa*, *Libra* se concibe como el siguiente vehículo de la vanguardia argentina, ya más razonada y menos combativa, como lo anuncia desde el signo zodiacal elegido como título, cuya marca distintiva es el equilibrio. A diferencia de otras revistas de vanguardia, en *Libra* ya no figuran programas, decálogos ni manifiestos, sino que la vanguardia habla por sí misma, sin necesidad de presentaciones. De hecho, en sus páginas puede leerse tanto el certificado de muerte de la vanguardia como su entrada oficial a la historia de la literatura, idea que hubiera escandalizado a sus más fervientes defensores, reacios a aceptar que su revolución acabaría donde acaban todas las revoluciones: en la normalización.

Dos textos de la revista, aparentes divertimentos, corrieron mejor suerte que la que hubieran sospechado sus propios autores, al convertirse en pequeños clásicos que mucho tienen por decir aún sobre la vanguardia. En el primero, "Las jitanjáforas", erudita y lúdicamente, Alfonso Reyes recapitula la genealogía de ese juego poético consistente en experimentar con el sonido de las palabras, reduciendo (o amplificando) la creación literaria a las figuras de sonido, de la aliteración a la paronomasia. Así, Reyes muestra que el procedimiento vanguardista de despojar las palabras de sentido y quedarse sólo con la sílaba y el gemido en realidad no tenía mucho de nuevo, y concluye su ensayo con un llamado al orden: "Todos —a sabiendas o no— llevamos unas cuantas jitanjáforas escondidas como alondras en el pecho. Pero esto no es una razón para que las echemos a volar". El segundo texto es el "Prólogo" publicado de esa novela en perpetua construcción que es *La novela de la eterna*, de Macedonio Fernández. A este prólogo le sucederían otros cincuenta y cinco, escritos a lo largo de varias décadas, hasta su versión final, póstuma, publicada en 1967. De esta forma, en *Libra* conviven el relativo regaño de Reyes, que pone punto final a la vanguardia argentina, y el inicio del proyecto más osado de Macedonio, que conseguiría convertir su novela en un perpetuo porvenir que, por más que se anuncie cincuenta y seis veces, seguimos esperando.

**EL RESTO** de *Libra* muestra una hasta entonces imposible armonía entre la tradición y la vanguardia, pues en sus páginas conviven poemas de Joyce con una nota sobre Góngora, o, en lo que resulta incluso más significativo, aparece un poema de Marechal compuesto en una métrica clásica, pero conservando imágenes rupturistas. En la revista se hace alusión a un segundo número, que no llegó porque los amigos se pelearon y se fueron: Reyes partió a Río de Janeiro, Marechal a París, y la vanguardia argentina empezaría a convertirse en un recuerdo, que años más tarde el propio Marechal aprovecharía para inspirarse en su monumental *Adán Buenosayres*.

Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez en 1929, el año de *Libra*.



Fuente: elnacional.com

**“RICARDO PIGLIA EXPLICITA UNA EVIDENCIA: TODA REVISTA SE FUNDA PARA LUCHAR CONTRA ALGO, YA SEA UN DISCURSO ESTABLECIDO, UNA ESTÉTICA, UN GRUPO RIVAL”.**

En 2003, El Colegio de México publicó una edición facsimilar de *Libra*, editada por Rose Corral, a quien se debe en buena medida la recuperación de la revista. En la correspondencia de Reyes, la misma Corral encontró un testimonio sobre el vacío que éste dejó tras su partida de Buenos Aires, como se lee en una carta de Bernárdez, uno de los directores de *Libra*:

Desde que usted se fue, Buenos Aires es insoportable. No sólo para mí. Para todos los muchachos. Estamos desalentados, aburridos, en el aire. No sé. "¿Para qué escribir —me decía ayer el amigo Molinari—, si ya se fue don Alfonso?" Es cierto. La sola presencia de usted era un estímulo. Ahora, Buenos Aires vuelve a ser el Buenos Aires de siempre. Hostil. Receloso. Duro.

Como otras revistas lo hicieron a través de una prolongada historia, *Libra* consiguió en un solo número marcar el inicio y el fin de una época, así como dejar constancia, entre líneas, de una amistad y de una separación.

**TAMBIÉN EN BUENOS AIRES**, pero treinta y cinco años después, surgió otra revista de historia fugaz. Dirigida por un Ricardo Piglia de veinticinco años, *Literatura y sociedad* se publicó a finales de 1965, con una línea intelectual y

política muy clara, que el propio Piglia define en *Los diarios de Emilio Renzi*:

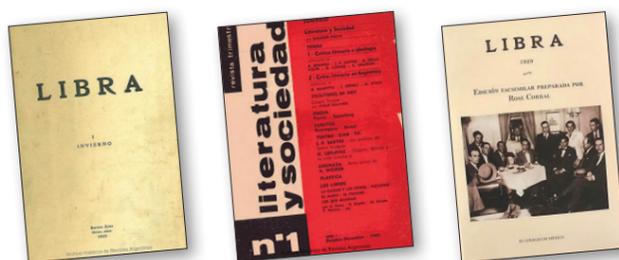
Por fin este mes va a aparecer el número 1 de *Literatura y sociedad*. El editorial que escribí trata de ser una crítica a los estereotipos de la izquierda. Su inutilidad define un modo de ver el mundo [...] El segundo punto consiste en oponerse a la noción de "literatura comprometida" porque arrastra una postura individualista; se trata, en cambio, de pensar a la literatura como una práctica social y ver qué función tiene en la sociedad.

La entrada del diario de Piglia explicita una evidencia: toda revista se funda para luchar contra algo, ya sea un discurso establecido, una estética, un grupo rival, una ideología o, en suma, una manera de ver la literatura y por lo tanto el mundo. La naturaleza de las revistas literarias es combativa, aunque disimulen su ánimo polémico y su intención de choque en endecasílabos y alejandrinos o en crónicas de Oriente. Aunque las propuestas esenciales no siempre se encuentran donde los directores, editores y autores lo creen.

En el caso de *Literatura y sociedad*, los entonces polémicos ensayos sobre literatura e ideología, escritos desde diferentes variantes de la crítica marxista, hoy se leen más bien como documentos de época, interesantes más por la caracterización de un tiempo que por los asuntos que tratan en sí. Pero en la sección de "Cuentos" —cuya existencia era ya una declaración de intenciones en un ambiente que empezaba a desconfiar o a despreciar la ficción— aparece una traducción del propio Piglia de "El mar cambia", de Hemingway. La traducción está escrita sin inhibiciones en la variante argentina del español, cuando todavía se consideraba a la peninsular como la más prestigiosa. Visto a la distancia, el gesto más político de la revista del joven Piglia fue el manifiesto involuntario a favor del voseo, al idioma propio, a leer el mundo desde una lengua, es decir, desde una mirada local.

En la última página de la revista aparecía el índice del siguiente ejemplar, que quedó sólo como el registro de un proyecto frustrado.

**NO PERDAMOS DE VISTA** que por valioso que todavía sea su contenido, todas las revistas de un solo número representan un fracaso. Son muchas y, por citar otra, podría mencionarse *La nave*, publicada en la Ciudad de México en 1916, en un intento fallido de Torri y Caso por conservar el espíritu ateneísta tras la partida de Henríquez Ureña y Reyes —quien dejaba una irreparable ausencia tras cada una de sus mudanzas. Guillermo Sheridan dedica a *La nave* uno de los ensayos de su *Breve revisitero mexicano*, que puede leerse como una historia alternativa de la literatura mexicana a través de sus revistas. Pero a la literatura, como bien lo supieron muchos de los grandes, de Melville a Ribeyro, le gustan los fracasos, que muchas veces no son sino palabras destinadas a comprenderse algunas décadas más tarde. ■



La ficción es el terreno propicio donde autores y lectores aceitamos la fantasía, imaginamos alternativas vitales que transgreden el orden lógico del tiempo y el espacio. Por ejemplo, ¿qué pasaría si una espiritualista de esta época liberara sin querer a Frankenstein —el personaje creado por la británica Mary Shelley a principios del siglo XIX— del libro en el que habita? Es la propuesta del crítico de cine y narrador Miguel Cane en este adelanto de su novela Gótico de Manhattan, que será publicada en fecha próxima.

# GÓTICO

## DE MANHATTAN

MIGUEL CANE

@AliasCane

Un viernes a principios de abril, en el único año capicúa que tendría el siglo, mientras una tormenta azotaba las calles de la isla de Manhattan, una mujer llamada Marina LaFarge liberó al doctor Victor Von Frankenstein de la página 265 de la novela de Mary Shelley, sin darse cuenta.

La fuga tuvo lugar en una de las salas de lectura de la Biblioteca Pública de la ciudad de Nueva York, en la Quinta Avenida y la calle 42, donde Marina llevaba horas concentrada en su lectura. Sacudida por el horror, contempló la aparición; el hombre se materializó bañado por una capa de líquido gelatinoso que se desvanecía rápidamente, mostrándose ante ella tan ufano, como si nada.

No lo había invitado a salir, pero ahí estaba. —¡Ay! —murmuró—, no, no, ven, vuelve —suplicó—, por favor, por fav... —pero la ignoró, apartándose como si oliera a rancio, a enfermedad.

A locura.

**MARINA LAFARGE** era una espiritualista de poderes congénitos tan intensos como indisciplinados. Una vez se le salió San Juan de la Cruz de “La noche oscura del alma”, pero el pobre infeliz, espantado y confuso, fue arrollado por un taxi y tuvo un entierro de indigente en la fosa común de Potter’s Field.

Cosas similares o peores le habían sucedido: una boa huyó del *Libro de las Tierras Virgenes* de Kipling y se tragó a dos perritos salchicha en Central Park, para luego perderse en el follaje y ser cazada durante días, causando furor en medios a nivel metropolitano. En otra ocasión, una enigmática mujer pelirroja y esbelta, identificada como Lady Orlando, emergió por la boca de Marina —esa no era la ruta habitual—, y fue vista por última vez en Saks, probándose un traje de Zegna. Ahora, el científico más complicado de la literatura estaba libre, fresco, en plena posesión de sus facultades y conocimientos (así como demonios y siniestras ideas), y Marina no sabía cómo devolverlo a la página.

**DESDE LUEGO**, no tuvo la intención de conjurarlo, y mucho menos a él. Su don (de eso estaba convencida) llevaba mucho tiempo latente y no pensó que corriera peligro.

La última vez que se había disparado, años atrás, el dragón Fafnir de *Los Nibelungos* había hecho un desastre de su vida. Desde entonces no había vuelto a conjurar ningún personaje ficticio; por lo mismo, Marina se dio con placer a la lectura esa mañana.

Pasadas las once, tuvo escalofríos de repente y alzó la vista: un hombre alto y pálido, con impenetrables ojos azules, la miraba con manos en los bolsillos.

De uno sacó un pañuelo y se limpió la cara, que tenía una fina capa de ectoplasma transparente. Lo reconoció. Victor Von Frankenstein, mirándola con menosprecio. Marina se levantó tan rápido que su silla se volcó.

No aquí.

No él.

El poder de su presencia la tenía temblando; tuvo que apoyarse en la mesa. A esa distancia pudo olerlo: papel viejo, tinta, años. Vestía traje gris y camisa inmaculada, corbata de seda. Su edición Penguin de *Frankenstein* yacía abierta en el pasaje del que se había emancipado.

—¡No puedes salir así como así!

Él sonrió, condescendiente, siniestro. Dientes parejos, grandes, relucientes. Siguió secándose las manos con el mismo pañuelo y una ligera mueca de asco.

—No me engañas —dijo Marina—, sé quién eres. Sé qué eres.

Frankenstein se apartó. Quizás no sabía dónde se encontraba. Algunos de los conjurados recorrían un largo camino a través del tiempo y el espacio; les costaba ubicarse. —¡Regresa a este libro! —ordenó al barón, quien se detuvo por un segundo a mirarla con aristocrática socarronería, por encima del hombro. Marina se levantó de nuevo, suponiendo que un gesto de

exorcista podría obligarlo de alguna manera a ser obediente. *A ver... ¿cómo era?* Alzó el libro sobre su cabeza. Victor se sobresaltó lo suficiente como para dar un paso atrás.

—¡El poder de Cristo te lo ordena!

Al oírla, varios lectores se volvieron a mirar, mientras el hombre, ceño arqueado y mohín superior, se alejaba más y más.

Marina vaciló. Un torrente de sangre yéndose a los viejos botines. Extendió una mano para apoyarse en un carro atestado de libros.

Uno se abrió. *Misery*, de Stephen King: alguien aullaba de dolor. Marina sintió hundirse. Otro resbaló, abriéndose al caer. Las memorias de Patricia Hearst: ráfagas de metrallera.

—Vuelve —susurró, apretando los párpados—, por favor.

Al abrir los ojos, vio que *Herr Doktor* se marchaba.

Marina se irguió como pudo y fue tras él.

—¡Deténganlo! —gritó—. ¡No dejen que se vaya! ¡No debe llegar a la calle!

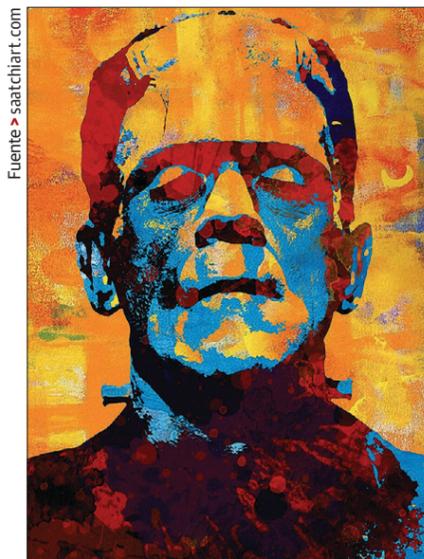
**FRANKENSTEIN ENFILÓ** hacia la salida de la Quinta, donde los leones de piedra dormitaban después de la lluvia. Alto y distinguido, portaba ahora un abrigo de *cashmere*, Ferragamos negros y brillantes; en su mano, un maletín de codrilo. No prestó atención a Marina. Para él, esa mujer, deshecho inútil como los residuos de ectoplasma que iban absorbiéndose en su cabello, ya no existía. Una ráfaga de ruido de la calle lo recibió. Se detuvo a inhalar el aire escarchado por la repentina granizada (muy raro para ser abril), que amainó una vez entró él en este mundo.

**HORRORIZADA, MARINA** vio cómo el hombre que hacía apenas un rato estaba en su laboratorio asumiéndose dios para sí mismo era arrastrado por gente que iba en ambas direcciones de la avenida.

*Dios nos valga.*

Pero sabía que invocarlo era inútil. Antes había intentado sacarlo del Antiguo o Nuevo Testamento, sin resultados. Como si se rehusara neciamente a salir.

O quizás no existiera. ▣



Frankenstein por Stephen Chambers.

**MIGUEL CANE** (Ciudad de México, 1974) es crítico de cine, narrador y dramaturgo, autor de *Pequeño diccionario de cinema para mitómanos amateur* (Impedimenta, 2013) y *Todas las fiestas de mañana* (Dharma Books, 2019), entre otras obras.

*Luego de un año activa alrededor del mundo, la pandemia ha sumado un caudal incalculable de registros. Documentos que incluyen desde luego el punto de vista de la salud, pero también de orden político, económico, social y periodístico: ángulos para dilucidar un hito histórico cuyo final, por desgracia, no llega todavía. A su vez, la literatura ha encontrado un campo favorable a los enfoques más personales, como el relato de una serie en marcha que comparte su íntima experiencia de estos meses.*

# DE ENCIERRO Y MADRUGADA

## HUMO

EDSON LECHUGA

@EdsonLechuga

Una pandemia lo trastoca todo, sin excepción. Empresas, personas, países, pensamiento. Todo se pone patas arriba y entonces hay que replantearlo. Todo. No sólo lo macro sino lo micro. Y es ahí hacia donde se ha ido en estas madrugadas de encierro mi reflexión: a lo micro, a lo pequeño. Hacia aquellas cosas que suceden sin grandilocuencias. Aquellos accidentes que mantienen en equilibrio el discurso de la realidad sin ser protagónicos: la sombra de lo relevante, el humo de los incendios.

**ESTOY EN EL INTENTO** de contemplar qué cosas se mueven en lo diminuto. Qué muecas nuevas hay detrás de los muebles. Qué marcas recientes en mi mesa de trabajo. Qué aromas han cambiado en mi familia, en las mujeres que amo, en los pequeños gestos de Citlali. En el intento estoy de percatarme del paulatino paso del tiempo sobre las cosas pequeñas: cómo sube el café en mi cafetera; las sirenas de las ambulancias a los lejos; el rectángulo de luz que entra por la ventana hacia las ocho y media; el alfil de madera a punto romperse; el ruido del agua bajando por las tuberías de mi edificio; el aleteo del colibrí que visita mi balcón estas mañanas; el rechino de la bisagra de la puerta de la cocina. Cómo van cambiando las cosas con un sosiego apenas perceptible.

**HE DESCUBIERTO ADEMÁS** los cambios nimios, casi invisibles —pero hermosos— en las cosas que solemos hacer de forma mecánica: sacudir mis calcetines antes de ponérmelos; cómo froto mis manos al lavarlas; el lento crecimiento de la enredadera que cuelga de mi librero; el leve rasgueo de la página de un libro cuando gira; la intensidad de la brasa del cigarro que fumo por las noches; el agua que escurre de los platos recién lavados; aquella duela levantada en el piso de la sala; el reguero de frijoles sobre la mesa del comedor para limpiarlos; cómo se va llenado un vaso con agua; el polvo que se acumula sobre mis queridos libros; la ausencia de la tecla *efe* en la antiquísima máquina de escribir que [rescaté de la casa de mi abuela.

**PERO TAMBIÉN**, en estos días de encierro, estoy en el intento de observar el mundo que se me mueve cráneo-adentro. Los pensamientos que suben y bajan —a veces espesos como burbujas de lámpara de lava, a veces veloces como disparos. El flujo constante de energía que en su movimiento genera ideas; y éstas estímulos; y éstos emociones que me hacen experimentar pena, o risa, o tristeza, o melancolía, o rabia, o indignación, o a veces, una misteriosa tranquilidad que se acompaña con la tranquilidad de esta ciudad ahora.

Y pienso. Pienso mucho.

Reflexiono sobre este tiempo que me está tocando vivir. Sobre quienes están viviendo este tiempo conmigo —aunque no nos conozcamos, aunque no sepamos nada unas de otros. Todos juntos presenciando los sucesos de este tiempo nuestro —nuestro tiempo—: sus virtudes, sus arrebatos, sus arcadas, sus zancadas, sus desvaríos, sus apapachos.

Este tiempo pleno de efemérides cada vez más extraordinaria la última que la anterior: la guerra de Irak, la guerra de Las Malvinas, el

terremoto de 85, Chernóbil, la caída del muro de Berlín, la explosión del Challenger, el sitio de Sarajevo, la llegada del siglo XXI, la caída de las Torres Gemelas, el 11M español, la H1N1, la revolución feminista, el terremoto del 17 y ahora la pandemia del Covid-19.

Este tiempo que me está tocando vivir, que nos está tocando vivir —aunque no nos conozcamos, aunque no sepamos nada unas de otros.

Entonces, por las madrugadas, cuando salgo al balcón a fumar, observo el humo.

La evanescencia del humo.

Nada más. ▣



**VOLVER A VERTE**

Un maravilloso viaje por el Renacimiento italiano

**MAGISTER RAFFAELLO**

Exposición multimedia sobre el artista italiano Raffaello Sanzio.  
Disponible también recorrido diseñado para infantes.

**HASTA EL 30 DE MAYO 2021** | Registra tu visita en:  
Jue ▶ dom, 10:00 ▶ 17:30 h | [www.cenart.gob.mx](http://www.cenart.gob.mx)

**ENART** Río Churubusco 79, esq. calz. de Tlalpan,  
col. Country Club. Coyoacán, Ciudad de México.

MAGIS TER III  
Ministry of Foreign Affairs and International Cooperation  
#VIVERE ALL'ITALIANA  
INSTITUTO ITALIANO DI CULTURA  
CENART

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

f t i g y [gob.mx/cultura](http://gob.mx/cultura)

El desarrollo tecnológico y la cada vez más definitiva interdependencia entre humanos y máquinas hace que la ciencia ficción creada hace pocos años parezca superada por la realidad. El más reciente libro de Naief Yehya, colaborador constante y crítico de cine de este suplemento, es *Mundo Dron*.

Breve historia ciberpunk de las máquinas asesinas. El narrador Gerardo Sifuentes analiza los argumentos del volumen y de qué manera los drones quizá ya no buscan aniquilarnos, sino sobrevivirnos.

## CRÓNICAS

# DEL PLANETA DRON

GERARDO SIFUENTES

@sifuentes

Si los robots llegan a formar una sociedad en el futuro lejano, la tarea de los robots historiadores será estudiar los linajes que dieron origen a su especie. Desde esta perspectiva propuesta por el filósofo Manuel de Landa, las máquinas inteligentes analizarán con particular atención el desarrollo de su variante guerrera —máquinas asesinas que vieron la luz con cierto grado de autonomía pero eran dirigidas a la distancia por humanos—, y cómo fue que a su vez incidieron en la evolución de sus creadores. En este ejercicio de imaginación somos pequeñas piezas de una vasta y compleja máquina de guerra cuyo combustible es el dinero y la política. En el libro *Mundo Dron. Breve historia ciberpunk de las máquinas asesinas* (Debate, 2021), de Naief Yehya, los vehículos aéreos no tripulados con fines militares son un fetiche que define nuestra época, íconos de la supremacía tecnológica occidental bajo cuya sombra se desarrolla la gran fantasía sociopolítica que conforma la realidad, en la que Silicon Valley es la Disneylandia del siglo XXI.

### EL CIBORG, FIGURA MESIÁNICA

Desde los inicios de internet, Yehya se ha destacado como un atento observador del desarrollo tecnológico y de su influencia en la cultura. Se recuerda en particular su emblemática columna "La Jornada Virtual" a principio de los dosmiles, donde calibraba los acontecimientos que parecían ir más aprisa que la historia misma. En *Mundo Dron*, el narrador y crítico cultural identifica el cine de ciencia ficción (CF) como un síntoma que permite entender los tiempos modernos. Por ello se vale de películas del género cuya estética y discurso las inscribe en el *ciberpunk*, corriente literaria y cultural que perfiló la CF de la década de 1980 y cuya influencia todavía puede percibirse en la gran caja de resonancia de la década de 2020.

Es así que Yehya parte del análisis de cuatro películas que considera fundamentales para entender la figura del dron como una extensión de nuestro

“NAIEF YEHYA PARTE DEL ANÁLISIS DE CUATRO PELÍCULAS QUE CONSIDERA FUNDAMENTALES PARA ENTENDER LA FIGURA DEL DRON COMO UNA EXTENSIÓN DE NUESTRO CUERPO”.

cuerpo, o la percepción del cuerpo humano como un *ciborg* o máquina de alto rendimiento, parafraseando a Donna Haraway. Las cintas *Alien* (1979), *Mad Max* (1979), *Blade Runner* (1981) y *Terminator* (1984) son tratadas como si fueran los cuatro textos de un evangelio tecnológico cuya figura mesiánica, el ciborg, muere en la última escena de la mítica cinta de James Cameron y apaga sus circuitos para resucitar el dos de noviembre de 2002, fecha que marca el autor como el inicio de nuestro *Mundo Dron*, cuando la ficción traspasó el delicado velo de la realidad. Aquel día, un MQ1 Predator fabricado por la empresa General Atomics y operado por la CIA alzó el vuelo sobre el desierto de Yemen con la misión de asesinar al terrorista Qaed Senyan al-Harhi. Tras lanzar con precisión un misil Hellfire al automóvil en el que aquel hombre viajaba junto con otras cinco personas, la primera ley de la robótica de Isaac Asimov, "un robot no hará daño a un ser humano ni, por su inacción, permitirá que un ser humano sufra daño", tuvo que reescribirse.

### TRÁFICO AÉREO DE DRONES

Han pasado casi veinte años y los drones militares no pueden distinguir entre los asistentes a una boda al aire libre o una partida de guerrilleros. Ante la duda los vuelan en pedazos, acción cuyo dilema ético se diluye a lo largo de la cadena de mando. Son lentos y torpes para el combate aéreo contra cazas tripulados (se sabe de al menos uno que fue derribado por un Mig-25 iraní), por lo que han sido relegados a misiones de reconocimiento. Por ello, hasta donde se sabe, las operaciones de

asesinato selectivo que les eran asignadas con relativa regularidad se han visto limitadas, y también porque además de su ilegitimidad, los costos de mantenimiento son excesivos.

Sus contrapartes civiles, en cambio, quizá lucen menos listos pero son más prácticos. Al volar en enjambre pueden realizar danzas aéreas perfectamente sincronizadas y quizá en los próximos años su verdadera amenaza será convertirse en densas flotillas de mensajeros aéreos de Amazon. Hace tan sólo unas semanas en la ciudad de Hadera, en Israel, se llevó a cabo la primera prueba de control donde se coordinó por primera vez el tráfico aéreo de drones junto con aviones y helicópteros. Aunque la policía ya los utiliza para fotografiar manifestantes, rociarlos con gas lacrimógeno o vigilar las calles para que se respete la cuarentena, también existen armas que neutralizan la radiofrecuencia con la que operan, para luego derribarlos con facilidad.

Quizá por esta relativa normalización las referencias filmicas a las que acude Yehya en el resto del libro juegan con las posibilidades de una inteligencia artificial que ya no busca destruirnos sino sobrevivirnos. Ahora nos temen. Por ello el autor examina la cada vez más complicada relación que tenemos con nuestros *gadgets* (*Her*, 2013), los algoritmos que alimentamos (*Ex-Machina*, 2014) y cómo es que la realidad cotidiana se asemeja más a un *technothriller* o al *dron porn*, aportando evidencia de encontramos en medio del siguiente paso evolutivo de la humanidad tecnificada.

La segunda etapa del *Mundo Dron* comenzó este 19 de abril, cuando el helicóptero robótico Ingenuity, que llegó a bordo del rover Perseverance de la NASA el 18 de febrero pasado, realizó su primer vuelo autónomo en Marte, convirtiéndose en la primera aeronave terrícola controlada que vuela en otro planeta.

Este capítulo será sin duda marcado como un hito por los robots historiadores del futuro. Y seguramente estudiarán con atención lo que Yehya escriba sobre ello. ■



**LA LAGUNA** es una zona limítrofe: contaminada, a ratos dominada por la violencia y de paisaje postindustrial. Ahí, en las entrañas de este decorado apocalíptico, se encuentra la primera estupa Bön erigida en Occidente. Un monumento funerario budista.

A veinte minutos del centro de Torreón, flanqueando la entrada al *pueblo*, se encuentra el casco de una antigua hacienda, que data de hace más de cien años. En dicha edificación se inauguró al público en 2004 el centro Chamma Ling (que significa *espacio de amor*), por iniciativa del ingeniero civil Carlos Madero Cantú.

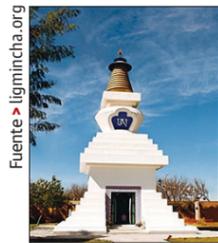
El centro mide aproximadamente seis mil metros cuadrados. En su interior reposa un jardín enorme, en el que descansa la estupa. Frente a ella se localiza la gompá. Un salón de meditación colectiva. A un costado se ubican diez habitaciones, con capacidad para sesenta personas, cuyo propósito es fungir como residencia de retiro espiritual.

**EL BUDISMO BÖN.** Carlos Madero es oriundo de La Laguna. Atribuye la inquietud por instituir la estupa a una especie de llamado del karma. En 1995 fue introducido al budismo tibetano. Como practicante tuvo la oportunidad de convivir con maestros de distintos linajes. En 2002 tuvo la fortuna de establecer una conexión con la rama más antigua: el budismo Bön. Cuyo principal maestro en occidente es Tenzin Wangyal Rinpoche, quien radica en Estados Unidos, donde fundó un instituto Ligmincha.

Ése fue el comienzo. Carlos le propuso a un compañero intercambiarle la propiedad por otros bienes, y así pasó a sus manos el casco de la hacienda. Luego le transmitió a Wangyal Rinpoche su intención de construir una estupa en el lugar. Pero fue hasta 2005 que recibió la respuesta desde Nepal, para darle la autorización.

Semanas después dos geshes (el grado más alto que se puede alcanzar en un monasterio, algo así como un doctorado) llegaron de Nepal a Torreón con los lineamientos para la edificación. Fueron ellos los encargados de realizar los rituales necesarios, las ofrendas pertinentes y de pedir permiso a los espíritus locales. Carlos Madero se encargó de las visas. En seis meses terminaron la construcción, que corrió a cargo de mano de obra local. Y ese mismo 2005 se inauguró, en presencia de Tenzin Wangyal Rinpoche.

**LA ESTUPA POR DENTRO Y POR FUERA.** La existencia de las estupas data del siglo III antes de Cristo. La primera fue un encargo del emperador Ashoka, se presume que con la



Fuente > ligmincha.org

“EL CENTRO MIDE SEIS MIL METROS CUADRADOS. EN SU INTERIOR REPOSA UN JARDÍN, EN EL QUE DESCANSA LA ESTUPA”.

intención de resguardar las cenizas de Buda. De ahí que sea considerado un monumento de peregrinación funeraria. Para los practicantes del Bön la estupa es algo vivo. Toda estupa es simétrica.

La del centro Chamma Ling mide 18 metros de alto. Su base se extiende diez metros. Los primeros cinco niveles corresponden a cinco elementos: tierra, agua, fuego, aire y espacio. Luego se encuentra una parte denominada Monte Meru Bodichita. Después el perteneciente a la sabiduría y el método. Enseguida los cuatro escalones incommensurables: ecuanimidad, gozo, compasión y amor. Arriba se encuentra el *voidness* (que significa conciencia despierta). Otra vez se repiten dos peldaños de sabiduría y método. Y arriba se encuentran los trece eslabones de la iluminación. Que son vigilados por una sombrilla de protección. La rematan dos cuernos: sabiduría y método, en cuyo centro habita la joya del Bön, de donde se desprende la flama de la sabiduría. Es decir: la iluminación.

La estupa, como la gran mayoría, es completamente blanca. Aunque existen algunas que están decoradas. En su frente, debajo de la joya, exhibe un símbolo. Una *a*. Que representa el espacio vacío de la mente. La claridad. Como un cielo despejado de nubes.

En su interior, la gompá sirve para varios propósitos. En particular, resguardar copias de los textos sagrados del linaje Bön. También es un espacio donde se puede practicar la meditación individual. Pero en sí el objetivo de la estupa es servir como un apoyo al practicante. Quien obtiene la purificación del espíritu al circunvalar alrededor de ella en dirección opuesta a las manecillas del reloj (aunque existen sanghas que lo hacen hacia la derecha). Las paredes del interior fueron decoradas por un artista tibetano. Quien pintó en el techo el mandala de la compasión. Y en los muros un Buda en postura meditativa, desnudo, que significa la iluminación. El estado último de la mente, puro.

Su horario es de lunes a domingo de nueve de la mañana a cuatro de la tarde. La aportación es voluntaria. ■

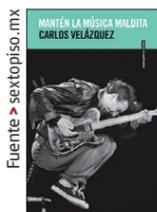
## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**  
@charfornication

## LA ESTUPA DEL DESIERTO

**HUNTER S. THOMPSON** aseguraba en *Antigua sabiduría gonzo* que escribir era como hacer música, por eso disfrutaba escuchar sus textos en voz alta. Este efecto se percibe con alta fidelidad en *Mantén la música maldita*, el reciente libro de Carlos Velázquez (Sexto Piso, 2020), también prologuista de aquella recopilación de Thompson. La conexión que tenemos el autor y este servidor es trifásica: música, letras y drogas. Las tres pasan corriente a las experiencias que lo marcaron desde la cancha de básquet en la adolescencia, la dependencia musical en una tienda de discos y su irresponsabilidad como corresponsal en conciertos de categoría interrancho, en un *Lo mejor de la columna Psycho Killer* producido por Eduardo Rabasa.

Puro rock escrito, energía y movimiento hechos crónica y ficción a velocidad Velázquez. Desde la tapa: Pete Townshend enguitarrado por los aires y el título, *Keep Music Evil*, un mantra del rock subterráneo que se asume como un propósito, una misión. Y en estas páginas la misión se cumple con el fervor que el rock exige. Carlos es narrador y en su otra vida fue poeta, pero sus auténticos inicios fueron como periodista deportivo y cultural. La veintena de textos en los que narra su relación con la música son un arsenal de periodismo gonzo, literatura callejera y autobiografía para decirnos que, en esencia, *somos lo que escuchamos*. O dime qué escuchas y (casi casi) sabré quién eres. Porque hasta entre fans del mismo grupo hay diferencias que llegan a los puños, como le sucedió a nuestro cronista con The Who.



Fuente > sextopiso.mx

“LA VEINTENA DE TEXTOS EN LOS QUE NARRA SU RELACIÓN CON LA MÚSICA SON ARSENAL DE PERIODISMO GONZO”.

Los conciertos, esa comunión de música, cerveza tibia y drogas, son las ceremonias que ponen a prueba la fe rockera: “Por qué los dioses nunca me permiten asistir a un concierto sin sobresaltos”, clama el autor, cuando una batería le revienta el de Nick Cave. Porque los dioses reservan las peores batallas para sus mejores guerreros. Historias y personajes que sólo pueden existir en su universo narrativo caen como caguamas muertas después de la ley seca, tras un año sedientos de conciertos como los que se narran aquí. En el futuro remoto y recoco estas páginas podrán estudiarse cual sagradas escrituras para saber en qué consistía la religión del perro negro, sus mandamientos y rituales. Incluye el arte de *blackoutear*, una aportación a la cultura de los conciertos que ya existía, pero sin estilo. Seguimos en humo negro, como en la Vaticueva, para elegir al santo del rock. Velázquez postula a Bon Scott de AC/DC, ¿ustedes a quién proponen? Para leerse a todo volumen. Y si se lee al revés, las tres emes de *Mantén la música maldita* forman un 666. ■

## LA CANCIÓN #6

Por  
**ROGELIO GARZA**  
@rogeliogarzap

## MANTÉN LA MÚSICA MALDITA

## FETICHES ORDINARIOS

Por  
**LUIGI  
AMARA**  
@leptoerizo

CLAROSCUROS  
DEL LIBRO

Ante las alarmas por la extinción del libro, Umberto Eco solía responder con una sonrisa sabia: a la manera de la cuchara o la rueda, el libro es uno de esos inventos insustituibles que una vez que ha encontrado su forma difícilmente aceptará mejoras. El libro digital podrá seguir su propia parábola de auge y previsible ruina, pero lo hará en una dimensión distinta a la de su pariente de celulosa, del que deriva y al que nunca desplazará, por la misma razón por la que un fantasma no puede expulsarnos de una habitación a empujones: habitan universos paralelos, acaso coincidentes pero que nunca se tocan.

Si el video pudo matar a la estrella de radio, el *ebook* sólo hará que los ejemplares de tinta y papel se valoren más, se aprecien por su despliegue material y palpable, por su belleza en cuanto objeto. Aun si se reserva para la lectura hedonista o el coleccionismo, el libro de papel se quedará con nosotros algunos siglos.

TAL VEZ NO HAYA mucho que añadir al diseño del libro, pero algunas de sus principales cualidades se han puesto en entredicho frente a su contraparte digital. De ser un objeto ligero, casi alado, presto para el viaje y la aventura, el libro se ha revelado, en plena era de la movilidad, como un auténtico fardo, y las bibliotecas personales como un lastre, visitadas por el demonio de la acumulación. El amor por los libros tiene un límite y suele medirse en kilogramos, de allí que la prueba de las bibliofilias auténticas se decida en las mudanzas.

Recuerdo ventas de saldos en que las editoriales establecían un tope a la avidez libresca: podías llevarte sólo los ejemplares que pudieras cargar tú mismo. Ni uno más. El propio espinazo convertido en la balanza de nuestra desmesura. Seguramente era una estrategia para disuadir a los libreros de viejo, esos colmilludos lobos de mar de la materia impresa, pero a la vez funcionaba como un criterio razonable y humano, que anticipaba un par de décadas las consignas de desprendimiento y orden de Marie Kondo.

De las tablillas de arcilla a las tabletas electrónicas, se ha ensayado con toda clase de soportes para fijar la escritura: piedra, metal, madera... En otro tiempo se apreciaba en particular la madera del árbol de boj. Como argumenta Irene Vallejo en su fantástico y erudito libro sobre el libro, *El infinito en un junco*, el rollo de papiro supuso un avance sin precedentes. Una vez que el aliento de las palabras pudo ser fijado en la sábana clara y flexible de una planta acuática de las orillas del Nilo, la proliferación del libro ya no se detendría más, hasta llegar a las montañas inconcebibles de hoy, en que se producen más de dos millones de títulos nuevos cada año en todo el planeta.

Mientras la fabricación de papel dependa de la tala de árboles y la deforestación, la búsqueda del soporte ideal para el texto seguirá su curso entre tanteos y experimentos que, quiero creer, apostarán cada vez más por el reciclaje. Idealmente, ese material del futuro subsanará uno de sus defectos ancestrales: la erosión y caducidad de sus fibras; pero se antoja muy improbable que algunos aspectos característicos del libro, como el formato rectangular o la disposición en códice, se puedan modificar sustancialmente.

BASTA IMAGINAR LOS ESTANTES de las bibliotecas antiguas, aquellas estructuras que debían lucir como colmenas del saber atiborradas de rollos desprovistos de lomo y difíciles de identificar, o bien practicar con una cartulina el proceso simultáneo de enrollar y desenrollar con ambas manos a medida que se avanza en la lectura, para reconciliarse con el compacto y muy manejable libro de la actualidad, que lo mismo cabe en un bolsillo que puede presumirse sobre la mesa del café, y aun se deja leer en medio de los apretujones del transporte público.



Foto &gt; Cortesía del autor

Para Borges, el libro es el instrumento más asombroso que haya inventado el ser humano, extensión de la memoria y la imaginación. Y no es poca cosa que también sirva para revestir paredes, para hacerse el interesante y afectar erudición cuando lo llevamos bajo el brazo, o bien para apuntalar la pata tembleque de una mesa. En un libro podemos sumergirnos durante días de felicidad y también, durante los trances difíciles, puede convertirse en tabla de salvación. Después de suspender la realidad o dejarla entre paréntesis por el lapso de algunas horas –ese paréntesis laberíntico que se desenvuelve a medida que damos vuelta a las páginas– ya no volvemos de la misma manera de sus pasillos imprevisibles, y no conozco mejor refugio para cambiar de ánimo o para disipar los sinsabores de un día cuesta arriba.

Pero el libro no está tampoco exento de perfiles sombríos. Emblema del deber, conglomerado de tareas escolares, símbolo del aislamiento y las infulas del sabihondo, lleva a muchos estudiantes a arrojarlo a fin de cursos por la ventana. En las culturas que se han desarrollado a partir de las religiones del libro, suele ser objeto de veneración y culto, pero su halo de respetabilidad puede ser tal que sólo muy pocos se sientan inclinados a traspasar el umbral de la portada. Y aun cuando despierte furiosos, prohibiciones y se preste a toda clase de fetichismos –¿no es acaso el libro el objeto más coleccionado del mundo?– para la mayoría no deja de ser un objeto ajeno, a la vez intimidante y abstruso, poco más que el decorado de ciertas habitaciones silenciosas.

GEORGE ORWELL, quien trabajó una temporada en una librería de viejo, se curó de su ya avanzada bibliomanía después de limpiar miles y miles de libros e intentar venderlos cada día, obligado a hablar bien de ellos con hipócritas desmedidas e hipócritas, pero sobre todo a raíz de conocer de cerca a la clase de chiflados y obsesivos que se sienten atraídos por la imantación del papel. Aquel ejemplar que había sido objeto de búsquedas detectivescas y desvelos y por el cual estuvo dispuesto a desembolsar fuertes sumas, de pronto se transformó entre sus manos en un depósito de polvo y ácaros, un conglomerado de fibras vegetales y signos mudos, uno más de una larga hilera inabarcable...

Un lugar común de las reflexiones sobre el libro es la cita de Borges que he copiado más arriba; menos conocida es su descripción del libro que duerme en la estantería, a la espera de ser leído, como un simple “cubo de papel y cuero” que alberga “símbolos muertos”; imagen que encontramos repetida en muchos autores, por ejemplo en Emerson, de quien seguramente la tomó.

Conozco más de un sitio en que el libro es reducido a un mero cubo muerto. En el depósito de cartones y papeles de reciclaje, por ejemplo, donde también se venden libros usados, una caja, ¡una simple caja!, se cotiza mejor que un ejemplar... Y es allí a donde me dirijo en busca de cajas para transportar, una vez más, mis “libros alados”. □

“GEORGE ORWELL  
SE CURÓ DE  
SU BIBLIOMANÍA  
DESPUÉS DE  
LIMPIAR MILES  
DE LIBROS  
E INTENTAR  
VENDERLOS”.